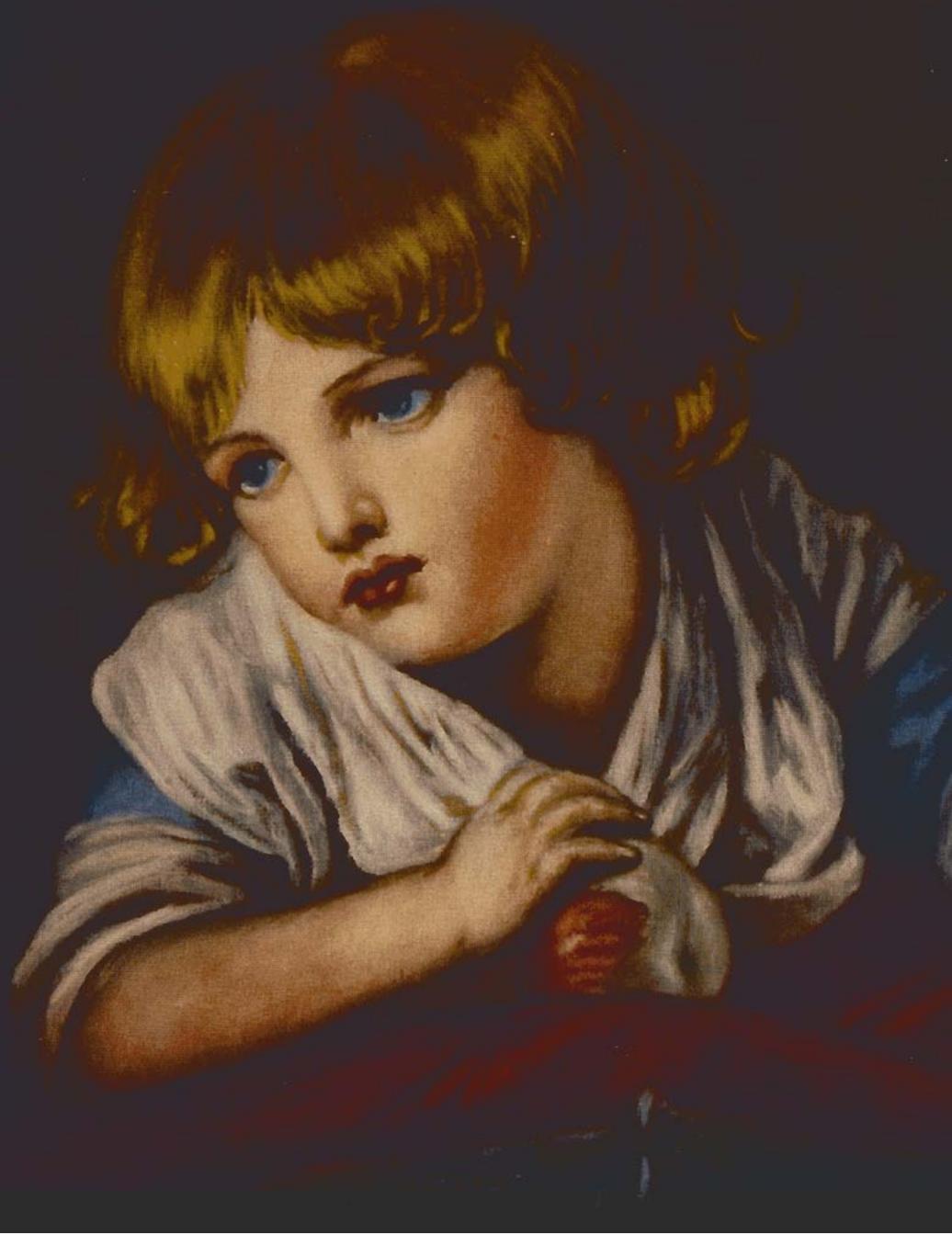


Ε12 *Viaggio*





Refugio "Los Paraguas"

LEGAMOS nuevamente a la cruz, era nuestra meta. Un viento titánico abrazaba nuestros cuerpos y la niebla era tan densa que no se podía ver absolutamente nada; a dos metros de distancia desaparecía todo en el infinito blanco. Hemos quedado un momento refugiados tras los gruesos maderos de la simbólica cruz y preparándonos para el descenso.

Con gran sorpresa nuestra sentimos que el viento cesaba en su furia y disipábase la niebla rápidamente hacia el cónico volcán. En ese momento abrióse el cielo negro en el horizonte cos-

Subiendo al Colorado



El Llaima

(Dedicado como un recuerdo póstumo a nuestros compañeros de montaña, señores Guarello y Kraher)

tero y un rayo de sol inundó el valle con claridad de plata. No sé si fué una hora o dos el lapso que nos tomó en arrobación, porque el éxtasis era tan supremo que los elementos naturales no podían apagar tal sed infinita de contemplación.

La tarde iba muriendo sumida en un mar crepuscular de colores suaves y las nubes negras que, como espesas cortinas, habíanse abierto, estaban ribeteadas de nácar.

Resonaron las voces juveniles por montañas y bosques, repitiendo el eco, a manera de confirmar lo cantado, con fe y emoción: "Puro Chile es tu cielo azulado...".

18 de Septiembre; parte de los

doscientos esquiadores han madrugado para cantar nuestra Canción Nacional e izar el pabellón frente al refugio. Ese día la naturaleza se mostró ante nuestros ojos en toda la magnitud de su belleza; el cielo despejado y de intenso azul era recortado por la blanca silueta cónica del Llaima.

Se organizó una excursión para conocer el "Mirador", lugar que dista más o menos unos cinco o seis kilómetros del refugio en dirección al volcán. Dos horas bastaron para llegar al mencionado paraje; todo estaba totalmente cubierto con más de dos metros de nieve, el silencio era tan grande que aturdí a la quietud del paisaje sólo era interrumpida por repetidas y desafiantes fumarolas negras que el volcán, como un gigante enfermo, lanzaba al espacio desde sus entrañas candentes.

El descenso fué rápido y feliz,

sólo Luchito Kunihiro, primera vez que se colocaba esquís, daba tumbos sembrando hoyos por todos lados. Cuando estábamos reunidos en el comedor del refugio, más de alguien le aconsejó abandonar la idea de andar buscando petróleo en esos lados, (era una manera de decirle que no se cayera tanto).

La tarde de ese día fué exclusivamente para la cancha, que con mucho afán la prepararon para hacer demostraciones de diferentes técnicas y estilos. La cancha es una de las mejores de nuestro país y se presta para toda clase de competencias y a las velocidades que se quiera correr, ya que sus diferentes declives le dan la oportunidad al esquiador de desarrollar todos los estilos

que sepa aplicar; es tan buena como "Plateau" en Portillo o "Embudo" en Farellones; pero en belleza de paisaje nunca podrán rivalizar con la del Llaima.

El comedor y la boite del refugio estaban profusamente engalanados con banderas nacionales y globos de colores; todas las niñas y varones, de mejillas tostadas por el sol y la nieve, preparábanse para el gran baile de disfraces con que se celebraba nuestra fiesta patria. Multa para el que no se disfrazaba y multa para el que lo hiciera con elementos traídos especialmente para dicha ocasión; forzosamente se tenía que caer en lo ridículo y lo divertido.

La hora de la comida, la más alegre, fué como un loco carnavalesco que se celebra antes de entrar en cuarentena; ¡quién podría pensar que en esa caravana loca de alegría y radiante juventud había dos seres que la muerte troncharía para siempre!

Por gentileza del tesorero del Club Llaima, mi grupo fué invitado al simpático y muy acogedor refugio de ese club, que se encuentra más o menos a unos quinientos metros más abajo del nuestro.

El bosque empieza justamente desde nuestro refugio. Araucarias centenarias con sus copas en forma de paraguas recortaban el perfil de la noche en plenilunio. Desde los extremos de las ramas y por obra y gracia de la gélida brisa se formaron punzantes estalactitas, que con el fulgor de la enorme luna llena centelleaban cual cristales tallados. Era una navidad blanca, como la que soñábamos cuando niños.

Una velada artística, donde hubo despliegue de gracia y buen humor para finalizar con un gran baile, era el programa de nuestros anfitriones. Regresamos a nuestro refugio en las primeras



Volcán Llaima. En el hermoso paisaje destacan las araucarias, que tienen como alfombra la blancura imponente de la nieve

horas de la madrugada con un cielo aún tachonado de estrellas.

* * *

Un nuevo día en el Llaima. Una capa fantástica de nubes cubría nuevamente nuestro paraíso. Amaneció el paisaje triste, tal vez anticipándose a nuestro duelo. El Llaima no quería nuestro abandono y luchó con sus elementos para retener en sus blancos regazos a los seres que, quizás por su bondad y juventud, fueron elegidos para el sublime y cruel sacrificio.

¡No lloremos más! ¡Recordemos que ellos se han ido de nuestro lado con la visión más hermosa de la vida: una tarde de excursión sin más compañía que el fantástico paisaje y blancas plumillas de nieve, que silenciosas descendieron del cielo para tejerles sus propios sudarios. Ellos no supieron lo que era agonia; nunca imaginaron que habían empezado a caminar el sendero del cual no se regresa. ¡No han muerto! Siguen descansando en una roca, esperando que escampe un poco la tormenta de nieve, sueño suave y dulce...

El Llaima, celoso de su obra, sigue tejiendo blancos sudarios para ocultar su tesoro, mientras las araucarias son testigos mudos del sublime sacrificio y los troncos centenarios con sus brazos desnudos parecen implorar al cielo piedad, piedad y consuelo para los que en vano, con plegarias y congojas, tratamos de arrebatarle la verdad al misterio.

Ahora, Llaima, serás simbólico santuario; tu floresta salvaje y bella, tus araucarias gigantes, escoltarán a los titanes, y tu cráter candente, la llama eterna del doloroso recuerdo.

Luis H. Palma Ch.

Después del descenso

